



¿Qué investigación necesita el mundo?

Queridas doctoras, queridos doctores. Al preparar estas palabras he intentado ponerme en vuestro lugar y recordar la situación en la que me encontraba yo misma cuando defendí mi tesis doctoral: lo que podríamos llamar la peculiar “psicología del doctorando”. Dos impresiones vienen a mi mente, por un lado, la **sensación de liberación**: los años de doctorado son años de trabajo intensivo, de exploración costosa y de mucha incertidumbre, porque percibimos que hay una desproporción entre la inversión de tiempo y esfuerzo y el resultado. Más aún, con el paso de los meses y de los años, descubrimos que existen los callejones sin salida, las arenas movedizas, o el riesgo todavía más terrorífico de que “nos pisen el tema”.

Es fácil establecer una relación amor-odio con la tesis, obsesionarnos con la cuestión que estudiamos, torturar a nuestros familiares y amigos con nuestros problemas, tener pesadillas investigadoras o buscar salidas para la tensión en el humor. Todas las incertidumbres y todos los temores están ahora superados, os habéis “liberado de la tesis”.

Y junto con la liberación, **el empoderamiento**. Sé que es un término que se usa habitualmente en otros contextos, pero no se me ocurre un sinónimo que exprese mejor esa sensación de haber crecido en el camino, de comprender mejor la naturaleza del trabajo científico, de estar cualificado y dispuesto a dar el siguiente paso, el que sea. Y esta es la grandeza del trabajo investigador: la dedicación al estudio, al trabajo científico, riguroso, metódico, la férrea disciplina a la que habéis estado sometidos, no ha dejado una huella solo en vuestra inteligencia, os ha hecho **crecer como personas**, en todos los sentidos: sois, seguramente, más constantes, más conscientes de vuestras capacidades y vuestros límites, más agradecidos a la ayuda que os prestan los demás. Queridos doctores, queridas doctoras: ¡enhorabuena! Habéis defendido la tesis, os habéis capacitado, estáis preparados para el siguiente paso, sea este el que sea.

Pero en esta tarde de junio, en este acto que es especialmente significativo para toda la comunidad académica, me gustaría que elevásemos la mirada más allá de las percepciones personales y de la celebración del logro. Y, en concreto, que dejemos que nos interpelen **los retos de nuestro tiempo** y que nos planteemos cuál es el papel de la investigación en nuestra sociedad, en nuestro mundo, y qué tipo de investigación es necesaria. No es una cuestión trivial. Nos encontramos en un momento de fuertes contrastes y paradojas. En su libro “La tiranía del mérito”, Michael Sandel describe la situación. Por un lado, lo que él llama **el “credencialismo”**: una hiper-consideración de la cualificación académica como el medio de demostrar la valía personal, como un arma defensiva u ofensiva esgrimida incluso en ámbitos como el político.

“La utilización de las credenciales académicas como arma -dice Sandel- muestra hasta qué punto el mérito puede convertirse en una especie de tiranía”.



Seguramente todos los aquí presentes nos hemos sentido en algún momento atrapados en esa tiranía de la que el mundo académico es el epicentro: la necesidad de demostrar nuestra valía personal a un sistema que percibimos limitado y a veces injusto; la sensación de que necesitamos acumular méritos en una carrera competitiva que no lleva a ninguna parte y en la que sentimos que nos pisan constantemente los talones. Y, por otro lado, nos encontramos en ocasiones con el **rechazo de la ciencia**, de la investigación, de la cultura académica. Tal vez como reacción a esa meritocracia, o al desprecio que los que acumulan determinada clase de méritos manifiestan hacia los que no los tienen, hay países en los que en amplios sectores de la población se considera que los investigadores son una **élite distante de la realidad y dedicada a un trabajo que no interesa a nadie** y no responde a ninguna necesidad o problema real. La utilización interesada de los datos científicos contribuye a esta sospecha. Y el triunfo de las *fake news* y la indiferencia hacia los datos reales frente a la respuesta emocional, potencian aún más esa devaluación de la ciencia de la que también son una consecuencia.

¿Cómo escapar de esta paradoja? Pienso que esta situación es una invitación a pensar en **qué es** en última instancia la investigación y **qué lugar** ocupa en la sociedad, porque la paradoja, en realidad, puede ser más bien una **señal de alerta**, una manifestación de que este trabajo tan noble y esforzado ha perdido el rumbo o se ha desvirtuado. ¿Qué caracteriza la buena investigación? Sería el momento de hacer una puesta en común, pero este acto no lo permite. Permitidme proponeros 4 rasgos:

1. Una investigación que sea expresión de **amor a la verdad**. Amor y verdad, dos palabras grandes, pero dos palabras necesarias para que la investigación tenga una razón de ser. Somos buscadores de la verdad, exploradores del conocimiento. Solo si mantenemos ese objetivo, si estamos dispuestos a sacrificar tiempo, esfuerzo o incluso prestigio, por honrar esa verdad, podremos no ya sobrevivir, sino disfrutar de la investigación en contextos profesionales complejos.
2. Una investigación ejercida **con humildad**. Toda investigación es, por su propia naturaleza, un ejercicio de humildad: tocamos constantemente los límites, los nuestros propios, los del sistema; nos hacemos conscientes de que estamos en una gigantesca tarea colectiva, en la que somos deudores del esfuerzo y el talento de los que nos precedieron y muy en concreto de nuestros maestros y mentores. **Una humildad no exenta de esperanza**, que también es capaz de celebrar ese momento único en el que la naturaleza decide permitirnos asomarnos a un nuevo mecanismo molecular, o un manuscrito nos revela un hallazgo inesperado en un archivo.
3. Una investigación que **aprecie la aportación de las otras ciencias**, que comprenda que la complejidad de las cuestiones requiere de todas las sabidurías. Y aquí podemos dar un paso más: una investigación que mire **más allá del propio ámbito** para abrirse sin miedo a las grandes preguntas, a las que hacen referencia al sentido último de las cosas.



4. Finalmente, una investigación con vocación de **servicio a la sociedad**, sensible a sus necesidades, a sus problemas. Una investigación “escuchadora”, capaz de poner la creatividad, el ingenio, necesarios para acortar las distancias entre el investigador y quien pueda beneficiarse de esa tarea: pacientes, empresas, instituciones.

Estas cualidades, en realidad, son el retrato de **una investigación “humanizada”**, realizada por personas y al servicio de las personas. Porque “la investigación”, como tal, no existe: se encarna en personas concretas como vosotros. Sea cual sea vuestra siguiente etapa, os animo a apostar por esa investigación **humana, abierta, comprometida**; a definir lo que podríamos llamar vuestras propias “convicciones profesionales”, esas motivaciones últimas que tienen que ver con la autenticidad de la persona y que, además, van dejando una huella en los ambientes de trabajo y en las instituciones en las que desarrolléis vuestra tarea. Lo expresé de forma particularmente clara **nuestro segundo gran canciller, el beato Álvaro del Portillo**, en una ocasión similar a esta: **“Es preciso (...) que las soluciones que se vayan encontrando, a través del estudio y de la investigación, contribuyan -en el respeto a la libertad de todos- a configurar unas actitudes de pensamiento y unas virtudes personales que sean fundamento de un futuro más humano”**.

Acabo agradeciendo vuestro trabajo pasado y el que hagáis en el futuro. Y no olvidéis que la Universidad de Navarra siempre será vuestro hogar académico, el lugar donde recuperar fuerzas perdidas o abrirse a nuevos horizontes, el lugar al que siempre se vuelve.

Muchas gracias.